

UN TIPO SOCIAL QUE SE LE OLVIDO A SARMIENTO EN “FACUNDO”

Cuando Sarmiento escribió “Facundo” en 1845, destacó en esta obra por primera vez en América, la influencia del medio social y aún el ecológico en la explicación de los hechos históricos de la época, caudillismo, anarquía, influencia del campo sobre la ciudad, etc., basándose en las interpretaciones de Herder, Humbolt, Buckle, que ya habían aplicado la misma teoría a los hechos sociales o a los fenómenos de la naturaleza. Más tarde, Hipólito Taine, pondrá énfasis en la influencia del medio como factor preponderante en la interpretación de ciertos acontecimientos históricos como el Renacimiento, agregando a su tesis la influencia del momento histórico y la raza, concepto este último hoy completamente superado en Antropología como interpretación histórica o sociológica. La originalidad de Sarmiento consistió en aplicar el mismo vino en distintos odres, lo que era aplicable a Europa y al siglo XVI, al siglo XIX y a la República Argentina, y por analogía, lo hizo extensivo a toda América.

Sarmiento comprendió con un gran sentido intuitivo que la Historia debía ser interpretada y no solamente narrada como si fuera una epopeya. Sarmiento interpretó la historia de la República Argentina a través de la dinámica de los conflictos, conflictos entre Civilización y Barbarie, conflictos entre la raza blanca (civilizadora) y las razas “inferiores” negra o indígena. En tal sentido “Conflictos y Armonías de las razas en América” es una contribución de las ideas de “Facundo” en otro campo. “Facundo” es su interpretación conflictual en la

historia argentina y para un fenómeno particular, el caudillismo, "Conflictos y Armonías" es otra interpretación más extensa en el vasto campo de la Etnología. Con estas dos obras Sarmiento toma a mediados del siglo XIX, hasta entonces poco exploradas en América, la Sociología y la Etnología, en cuyos dos campos demuestra más intuición que método científico. Crea una tentativa socio-etnológica dinámica, explicando los fenómenos históricos por los conflictos sociales entre grupos adversos; pero se observa en sus esquemas sociales todas las limitaciones de quien encara los problemas sin experiencia en el campo de la investigación, ya que fue un autodidacto poco familiarizado con experiencias ajenas a su medio local. Así al leer "Facundo" comprendí el error de afirmar que todos los pueblos salvajes han conocido el arco; también me parecieron poco aceptables las analogías que establece Sarmiento entre el tropero y el gaucho. Sarmiento se informa en obras literarias, sin conocer el medio ambiente, como "La Pradera" y "El último de los mohicanos" de Fenimore Cooper. Y en cuanto a la pampa, sabido es que la describió sin conocerla (su conocimiento fue posterior a "Facundo" y pudo constatar la exactitud de su "radiografía", usando un término de Martínez Estrada aplicado a la pampa), y sus fuentes fueron los relatos de Head, "La Cautiva" de Echeverría y los informes personales de arrieros. La fuerza de Sarmiento se concreta en su estilo y en esas síntesis acertadas que abarcan una época, describen una región, o trazan la silueta inconfundible de un caudillo como Facundo o el Chacho, o evocan los recuerdos de su infancia o adolescencia. Pero si analizamos su método sociológico nos desilusionamos científicamente. En "Conflictos y Armonías de las razas de América" cuando creemos que Sarmiento va a encarar seriamente el conflicto del mestizaje, que Angel Rosemblat analiza con maestría en "La población indígena y el mestizaje en América", nos encontramos con digresiones sobre la inquisición en el Perú y la Argentina, con una reseña sobre el progreso de la libertad y la cultura desde las cruzadas a Galileo, para terminar en los últimos capítulos con una diatriba contra Artigas

y Rivera. El título de "Los indígenas a caballo" nos hace pensar que se trata de los charrúas, y no es así. Sarmiento tomando como fuente de información las infamias de Berra o de Cavia llega a la conclusión que la "funesta" obra de Artigas y de Rivera se explica por la influencia del elemento indígena en sus ejércitos, que para Sarmiento no eran tropas organizadas sino simples montoneras. Con ejemplos científicamente tan poco aceptables era difícil probar la tesis del conflicto de las razas en América, cuyo proceso de mestización explica la desintegración de los gobiernos inorgánicos de nuestro continente desde la independencia a nuestros días. Sarmiento opone como ejemplo a Estados Unidos donde la forma de gobierno democrática representativa y, los resultados que él pudo constatar en aquel país cuando fuera Ministro de la Argentina, se explican por su tradicional sentimiento de la libertad, como por la separación de las razas: blancos "delicocéfalos", amarillos y negros. Sarmiento habla de razas y razas. Este concepto antropológicamente en descrédito, lo lleva inconscientemente a despreciar al indio y al negro, porque no son sajones o latinos, ni "civilizados". Es el mismo concepto que han usado indiscriminadamente los creadores del mito de las razas desde Gobineu a Chamberlain.

Sarmiento preparó el terreno para las futuras cosechas. Fue más sagaz que Mitre, que concibió la Historia como una biografía de los grandes hombres, de los héroes, a la manera carlyliana: "Historia de San Martín", "Historia de Belgrano", como si San Martín y Belgrano, por más respetables que fueron como militares y estadistas pudieran cambiar el curso de la Historia. Sarmiento fue más sagaz que Mitre como sociólogo al concebir la Historia con mayor amplitud sin dejar de comprender el valor pedagógico de las biografías. Facundo es un símbolo, un pretexto. No escribe su biografía para denigrar a Facundo o a Rosas, sino para interpretar la historia argentina de una época, a través de un fenómeno general: el caudillismo.

En "Facundo" cuando Sarmiento se refiere a los tipos característicos de la pampa desfilan por su jugoso panorama,

el cantor, el gaucho malo (del que más tarde será arquetipo literario "Martín Fierro"), el rastreador y el baquiano. Un tipo, sin embargo, se le olvidó a Sarmiento: el curandero. El curandero, tatadiós o mano santa, ya sea que curara con yuyos u oraciones en presencia del enfermo o a distancia, o que utilizara la magia simpática, es un tipo de poderes tan misteriosos como el rastreador o el baquiano. ¿No ejerció acaso un poder magnético o de sugestión, capaz de subyugar voluntades imponiendo una tiranía tan imperativa como la del caudillo?

El curandero no podía faltar en una enumeración de tipos característicos de la pampa o de cualquier región de la campaña rioplatense, y hasta en los medios urbanos donde también abunda. Recuerdo un trabajo de Rómulo Lachatañerré, folklorólogo cubano, sobre "La Santería", donde nos demuestra que en la culta New York se practica el ñafigismo como en cualquier suburbio de Camaguey o Santiago.

El conocimiento o nosognocia del curandero proviene de un empirismo. Si el rastreador y el baquiano son topógrafos como los llama Sarmiento, el curandero es un herberista empírico. Conoce a todas las plantas por sus nombres vulgares y las cualidades que poseen para aliviar todas las dolencias, comprendiendo su conocimiento no sólo práctica de la medicina humana, sino también, de la animal. El curandero sabe curar el mal de orina en un hombre como en el caballo; si hay que dar vuelta la pisada lo sabe hacer y lo mismo cura un tabardillo como una pulmonía. Este es el tipo misterioso, cuyo poder se ejerce en leguas y leguas de distancia, amparado por la credulidad y la ignorancia. En lugares apartados y dejados de lado por la civilización, donde difícilmente podía llegar un médico, era en los tiempos de Quiroga y lo sigue siendo aún, el medicinc-man que sustituía al galeno y recetaba en forma oral por su cuenta y riesgo, poniendo a dura prueba la vida de sus pacientes con absurdas prescripciones, que a veces por el azar del empirismo o por sugestión curaban...

El curandero en aquel medio ignorante y crédulo tenía algo de milagroso, y se le comparaba indiscriminadamente con la

santidad que hace milagros, y levanta lisiados. La credulidad pública le atribuía seudos milagros que corrían de boca en boca y atraían nuevos clientes, pero causaban tanto daño como Pancho Sierra, en la Argentina, o Noufroof, en Montevideo.

Este arquetipo social es ambisexual: puesto que si no existió la rastreadora, la baquiana o la payadora campesina (exceptuamos a las mujeres que tocan la guitarra en las radios y en medios urbanos), existió y existirá la curandera, cuyas virtudes se acrecientan con el prestigio del sexo (sobretudo si no son feas) y por la experiencia de los años, si son viejas.

El curandero dice la última palabra, da un fallo irrevocable sobre la salud del paciente. De su receta oral depende la salud física o moral de sus clientes o crédulos, puesto que lo mismo prescribe un remedio para curar el cuerpo o el alma, una oración para que la malquerida encuentre novio, un hechizo o un contramaleficio para atraer al amante desviado o para causarle un daño corporal, enterrando como su efigie ya sea un muñeco o un dibujo que lo represente, atravesado con alfileres, aunque aquí ya entramos en el campo de la magia terapéutica. Y si el curandero practica estas artes, ya se confunde con el hechicero o el mago.

El Dr. Pedro Escuder Núñez, destacado médico uruguayo, presentó en el Primer Congreso Médico del Uruguay, convocado por su iniciativa, un hermoso estudio en el que compara al médico honesto con el curandero, y no obstante defender su posición legal como médico, reconocía el valor social del curandero, al que bien podríamos llamar para el caso por él estudiado, “un vendedor de ilusiones”.

Decía el Dr. Escuder Núñez, refiriéndose al caso Noufroof: “El hombre misterioso le pide el precio de la salud, entregándole cualquier objeto “virtuoso”; ya la “mise en scene” en que ha actuado el charlatán, ha hecho lo principal, el objeto recibido hará lo complementario; y la mujer sin amante, la madre cuyo hijo se muere, el padre del niño ciego, el inválido, el poco afortunado en los negocios, el “ligado”, el perseguido en una palabra, el nutrido y ondulante enjambre de los tristes, de los

fracasados, de los sin nombre, vuelve a su hogar con el capital necesario de esperanza para continuar viviendo y sin el cual la existencia no es sino un prolongado martirio... ¡La esperanza! ¿Quién de nosotros se atrevería a condenar sin apelación a los que corren en su busca? ¡No nos curéis pero dadnos esperanza! Así dicen los hombres, porque ellos prefieren a una incertidumbre amarga, una dulce mentira. Y he aquí que nosotros los médicos honestos, preferimos no mentir; ese mal no tiene remedio, decimos, no tengo nada que hacer; tampoco poseemos recetas para los malos negocios o para los novios que no llegan. ¿Y entonces?... Entonces la multitud acude y acudirá siempre a aquellos que le prometen. Nada es tan dulce como dejarse engañar. Vemos como nuestro razonamiento y nuestra piedad nos llevarían a reconocer que estos charlatanes llenan un vacío, desempeñan una verdadera función moral y que constituyen un gremio casi tan necesario como el de los panaderos. Ellos satisfacen también un hambre espiritual, dando el pan de la ilusión y de la espera al sinnúmero de hambrientos que la vida no trata bien en el reparto de la dicha. Charcot, el maestro de todos nosotros mandaba muchos de sus enfermos a la Virgen de Lourdes. Creo que es uno de los rasgos más inteligentes del gran médico, ya que aparece en él el filósofo, sin el cual el médico, no es sino un práctico vulgar. Hipócrates lo dijo: el médico filósofo es igual a los dioses”.

Sin embargo, el curandero es tan poderoso como el caudillo; pues éste acude al curandero cuando se siente enfermo y teme morir. Los últimos momentos del caudillo, que utilizó al rastreador o al baquiano en sus campañas están en manos del curandero: pontífice máximo de un empirismo que distribuye a lo largo de la llanura ilimitada, donde el aislamiento y la falta de cohesión social contribuyen al éxito del curandero que vive de las creencias supersticiosas de sus fieles, que son a su vez, sus víctimas.

ILDEFONSO PEREDA VALDES

Montevideo (Uruguay)